

Es posible la esperanza

José Carlos G^a Fajardo es profesor de Historia del Pensamiento Político y presidente fundador de la ONG Solidarios

Los profetas y los genios siempre se han adelantado en la interpretación de los signos de los tiempos. Los poderosos se resisten por miedo a perder sus privilegios, pero la historia demuestra que los audaces han encontrado salidas vigorosas para situaciones que, de no ser por ellos, hubieran conducido al desastre.

Nuestro modelo de desarrollo está agotado, la alternativa comunista fue un fracaso y los fundamentalismos nacionalistas o religiosos son suicidas. El pensamiento único sería una contradicción en sus términos pues, si una proposición pretende ser única, ya no cabe el discurso racional que asume y resuelve las contradicciones: ya no hay pensamiento sino dogma o ideología infecunda.

El mercado no es un dios sino un fetiche rentabilizado por unos cuantos intereses. Ellos crean las necesidades, las carestías, los precios para que la inseguridad nos mantenga sumisos. Gritamos sin atrevernos a preguntar ¿qué ha sucedido?, como el joven que sobrevive dentro de un anciano. La tendencia a la desesperación se atenúa con tranquilizantes, con más consumo y con enajenaciones que amenazan con volvernos locos.

Un modelo que produce tanta desigualdad, injusticia, enfermedad, hambre y que aniquila el medio ambiente, es radicalmente perverso. Por mucho crecimiento económico que pudiera producir en el tiempo. Si es perverso, no obliga.

Se impone la búsqueda de odres nuevos para el vino nuevo que ya canta en las tinajas. Se precisa una capacidad especial de escucha para acoger las diferencias y propiciar la unidad en la diversidad. No sólo es mundial la economía, sino la protección del medio ambiente, las desigualdades sociales y la lucha por los derechos humanos.

Asombra el despliegue de medios para una reunión de la NATO, o del G-8 o de la OMC. Con los 150.000 millones de dólares que se han gastado en la guerra de Iraq se hubiera podido acabar con el hambre en el mundo. Si añadimos el dinero que se blanquea en los paraísos fiscales, producto del narcotráfico, del contrabando de armas y del negocio de la extorsión y del crimen, se podría facilitar el acceso a la enseñanza básica a toda la población analfabeta del mundo. Con lo que supondría para la defensa de la libertad, para la utilización racional y respetuosa del medio ambiente y para la puesta en marcha de un desarrollo endógeno, sostenible, equilibrado y social.

Los números cantan. Las fuentes se pueden consultar en Internet con los estudios del Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), del Banco Mundial para el Desarrollo, del Fondo Monetario Internacional, de la Organización Mundial de la Salud, de UNICEF, de la FAO y de tantas instituciones serias y respetables.

¿Es posible contemplar que, en una reunión de tres días, se decida el envío de fuerzas, hombres y armamentos, por valor de miles de millones de dólares a cualquier rincón del mundo para controlar sus riquezas naturales, o para asegurar zonas geoestratégicas, y que no seamos capaces de abordar los grandes problemas que asolan a la humanidad?

Entre ellos, destaca por su imparable crecimiento la explosión demográfica. Hay que recordar que, en 1914, la población del mundo era de 1.200 millones de habitantes y que, antes de finalizar el siglo, alcanzó los 6.000 millones. Y este problema no se soluciona con prohibiciones, cortapisas o ideologías, sino con una educación eficaz que alcance a todas las mujeres del mundo que tienen derecho a ocupar puestos de responsabilidad en la sociedad y a asumir con libertad su maternidad y el control de sus vidas.

Nunca podremos decir que no sabíamos lo que sucedía, como muchos alemanes después de la derrota del régimen nazi. Que desconocíamos la práctica de la tortura en tantos países civilizados y ricos; que no sabíamos que se experimentan nuevos fármacos con personas inocentes del tercer mundo; que se construyen sucursales de grandes fábricas en países empobrecidos para no respetar las cláusulas sociales; que utilizamos el hambre como un arma, según ha denunciado y demostrado ACNUR; que sería imposible mantener durante tres meses el nivel de producción, de desarrollo y de consumo de la Unión Europea y del resto de países del G-8 sino fuera por la explotación de las materias primas que controlamos de los países empobrecidos de África, Asia y Latinoamérica.

¿A quién pretendemos engañar? Es suicida querer ignorar que, sólo en EE UU, se gastan un billón de dólares en armamento (no miles de millones, sino un billón). Que cada día hay un tráfico financiero de más de un billón y medio de dólares, que no produce ni un solo bien, ni un servicio ni un puesto de trabajo estable.

Otro mundo es posible y es preciso planearlo, discutirlo, construirlo. Se busca un consenso que haga la diferencia partiendo de que el movimiento social ha ganado en madurez. Hay posibilidades reales para un nuevo consenso que permita construir una referencia política mundial.